

Joana Bonet

De la cuota a la cúpula

A raíz de los congresos del PP y del PSOE, las mujeres han adquirido un protagonismo decisivo en los llamados aparatos de los partidos, justo allí donde se practican la espeleología ideológica y la estrategia de acción. De Cospedal, Leire Pajín, María del Mar Moreno, Elena Valenciano, Alicia Sánchez-Camacho, María Salom o Ana Mato irrumpen en las estructuras profundas, responsables de sostener el andamiaje de militancia y cúpula. Con ellas, han surgido relatos biográficos como el de María Dolores de Cospedal, 42 años, a quien los medios han presentado como divorciada y madre de un hijo por inseminación artificial. O el de Alicia Sánchez-Camacho, la nueva presidenta del partido en Catalunya, también de 42 años, divorciada y madre soltera por el mismo método. (Una tarjeta de presentación, por cierto, de la que carece cualquier hombre, divorciado, con hijos de diferentes madres, adopciones o fecundaciones in vitro.) Ambas se han saltado el guión conservador y han acunado uno de los modelos de familia que tanto escandalizan a los detractores de la asignatura educación para la ciudadanía, pero curiosamente este elemento ha reforzado su credibilidad, por su vínculo inconsciente con el viraje aperturista del PP. La garra del "fuera de contexto" continúa arrollando en la política y en la vida. Una madre soltera progredir no es lo mismo, parece decirse, que una madre soltera en las filas de la derecha.

Con su nuevo *dream team*, Rajoy contribuye a feminizar la política, añadiéndole una música de madre coraje además de competir con Rodríguez Zapatero en su apuesta radical por la igualdad y por el recambio generacional, con Leire Pajín al frente. El presidente del PP lo dejó claro definiendo el marianismo con cuatro palabras: "Centro, mujeres, diálogo y futuro". La alineación de términos es muy plástica: en ella se mezclan la política, el sexo, la comunicación y el tiempo. No hay ni siquiera un *entre* que permita navegar por el espacio inconcluso que va de la tradición a la modernidad. Cuatro comas como sintagmas ausentes. Donde antes se leía derecha, ahora se lee centro, del cero mujeres en los famosos maitines de Génova hoy se apuesta por ambos sexos, donde antes se defendía la confrontación ahora toca el diálogo. Pasado y presente se diluyen, y tan sólo la zanahoria al final del camino impulsa hacia un futuro prometedo. Ya lo ha advertido ese buen comunicador que es González Pons: el partido es un producto y a fin de hacerlo atractivo para el público hay que cambiar de imagen. ¿O maquillarla?

De Cospedal declaró a este periódico que si Rajoy la hubiera propuesto por ser mujer, no habría aceptado. Planteado así, el enunciado evoca una valerosa dignidad para algunos y resulta una ingenuidad para otros. Por supuesto que además de su formación y su competencia ha pesado su condición de mujer. Como la de todas aquellas que en las empresas, en las portavocías o en las tertulias son elegidas por lo que valen, pero también para equilibrar la participación de ambos sexos. De la misma forma que a Zapatero se le ha acusado de utilizar la causa de las mujeres como argumento de venta, es incuestionable lo oportuna que resultaba la incorporación de mujeres en la dirección del PP —un hecho criticado en varias ocasiones por Es-

peranza Aguirre, a quien no le tiemblan la mano ni los principios al definirse como feminista—.

La misoginia no es un valor en alza, a pesar de que la medida de la falda o los centímetros del tacón continúen siendo esgrimidos para devaluar la credibilidad de algunas políticas. Una táctica inútil. Los miembros del Gobierno con una valoración más alta son dos mujeres: María Teresa Fernández de la Vega y Carme Chacón, y ni el tan glosado guardarropa de la primera ni el debate sobre la baja de maternidad de la segunda han conseguido erosionar su imagen. España, hoy, es uno de los diez países más igualitarios del mundo según el Foro Económico Mundial. Paralelamente, el enojo que a algunos les produce el debate de la igualdad y la sensación de injusticia por promocio-



nar a un sexo más que a otro activan el ingenio burlesco de quienes son incapaces de asumir un reparto equitativo de los poderes fácticos y de los representativos. Cierta discurso, que mezcla la cacería humana con los chistes cuartelarios, propicia que algunas reivindicaciones necesarias se tornen fatigosas. Por supuesto, en el otro extremo están todas aquellas que, en la estructura profunda de cualquier crítica a su gestión, ven la huella del machismo. En la campaña de las elecciones demócratas en Estados Unidos se ha planteado un fatal interrogante: ¿Es un país más machista que racista? O bien, ¿qué es más fácil de tragar, a un presidente negro o a

La pregunta de si hay una manera femenina de hacer política se ve oscurecida por un aluvión de estereotipos

una presidenta? Aunque la propia Hillary Clinton quiso escudarse en el rechazo a su condición femenina cuando le iba faltando el aire, durante toda la campaña intentó desahucarse de esa misma condición. El electorado y el propio feminismo se han encargado de expresar que el pensamiento político no debe basarse únicamente en cuestiones de género, porque aunar a una mujer al poder no es un fin en sí mismo.

Uno de los principales argumentos que explican su derrota radica en que no ha sido capaz de conectar con el imaginario del electorado como hizo Obama, que ha inaugurado una nueva manera de pronunciar la palabra *esperanza* y se ha erigido en el portavoz de un idealismo humanis-

ta. ¿Quién ha dicho que la poesía no vende? Los valores tradicionalmente femeninos —empatía, metáforas cotidianas, emociones, transferencia afectiva— han sido ejercidos por un hombre de la misma manera que muchos valores masculinos son utilizados por las mujeres. La pregunta de si hay una manera femenina de hacer política se ve oscurecida por un aluvión de estereotipos.

Cuenta la periodista Maureen Dowd que cuando Ronald Reagan obtuvo el voto de las mujeres en 1984 preguntó a algunas votantes por qué no habían elegido a Geraldine Ferraro para la vicepresidencia, a lo que le respondieron que si ellas no se sentían capaces de gobernar, ¿acaso Ferraro podría hacerlo? Se dice que el voto de las mujeres es más pragmático porque no responde tanto a la lealtad ideológica como a la habilidad de los candidatos para garantizar la protección de sus familias. En EE.UU., después del atentado del 11-S, se duplicó el número de mujeres que cambiaban los cursillos de cerámica por los que enseñaban a utilizar una pistola. ¿Un voto reaccionario, obcecado en la seguridad? ¿El temido voto conservador de las mujeres?

El pasado invierno el entonces presidente de la mesa del Congreso, Manuel Marín, nos invitó a un grupo de periodistas a almorzar en sus dependencias, y antes de mostrarnos las espectaculares sanguinas de José María Sert nos condujo al hall que lleva el nombre de Clara Campoamor, donde en un rincón reposa su escritorio. Marín, observando el pequeño tablero forrado de cuero verde, recordó con la gravedad con la que se rememoran los paradigmas cómo la mayoría de los políticos de izquierdas estaba en contra del voto de las mujeres, que vaticinaban de timorato y analfabeto, cautivo del clero y de la derecha en palabras de Largo Caballero. Releer el discurso de Campoamor ante las Cortes Españolas, tras el cual se aprobaría el voto femenino en 1931, es mucho más que un ejercicio de curiosidad histórica. En él deja claras dos posiciones: "No cometáis un error histórico que no tendréis nunca bastante tiempo para llorar al dejar al margen de la República a la mujer", y "Yo, señores diputados, me siento ciudadano antes que mujer". Deberían tomar nota todos aquellos y aquellas que explotan la guerra cromosómica, pero la inercia misógina queda superada por el impulso integrador. Nuestra sociedad ha avanzado desde aquella defensa del voto de Clara Campoamor y, 77 años después, nuestros representantes políticos sitúan a las mujeres en las primeras filas. La feminización de la política es uno de los asuntos que más contribuyen a jugar la carta del progreso, y los dos partidos mayoritarios experimentan un curioso proceso de emulación en el cual el papel de las mujeres es decisivo. Sólo la perspectiva del tiempo demostrará si los aparatos reformados tienen nuevas sensibilidades y abren debates enquistados. Desde sus despachos en las últimas plantas, ¿verán a la mujer real? Porque con y sin cuotas, en la vida diaria de millones de mujeres siguen escondiéndose muchas piedras en los zapatos.

P.D. Hoy, el 17,7% de los parlamentarios en el mundo son mujeres. Según el secretario general de la Unión Interparlamentaria, Anders B. Johnson, "a este ritmo no alcanzaremos la paridad antes del 2050".●

Francesc-Marc Álvaro



Paisaje sin grúas

El tío Baixamar no sabe qué hacer y anda perdido por la rambla de la ciudad, subiendo y bajando cabizbajo desde primera hora de la mañana hasta que, a la una del mediodía, se retira para almorzar y ya no sale. Jubilado desde hace seis años, su gran afición es mirar obras junto a otros veteranos. Les da igual si son de bloques de pisos, de una escuela nueva, de un parking bajo una plaza o de la remodelación del paseo marítimo; toda obra que se esté ejecutando es susceptible de la observación atenta y pormenorizada de este grupo de amigos que disfrutan, sobre todo, comentando la jugada a fondo. Entre ellos surgen debates bizantinos a cada minuto. Pero hoy, con el parón inmobiliario, el tío Baixamar lo está pasando realmente mal: hay pocas obras que ver y las mañanas se hacen eternas y aburridas, y uno se pone triste y de mal humor.

No todo el mundo sirve para el ejercicio de mirar obras, me dice. Hay que tener una cierta idea del asunto y adivinar por dónde van los tiros. Por suerte, en su grupo, hay dos que fueron albañiles y uno que, como antiguo elec-

Jubilado desde hace seis años, su gran afición es observar obras junto a otros veteranos

tricista, también sabe lo que se cuece. Ahora, con la nueva inmigración, el tío Baixamar ha conseguido clasificar bastante bien a los trabajadores por nacionalidades y por la calidad de los acabados, pero me prohíbe que lo cuente. Tiene miedo de que le acusen de generalizar y de meter mal rollo si afirma que estos o aquellos lo hacen peor o mejor que los demás. Como muchos empleados en la construcción no entienden ni el castellano ni el catalán, el tío Baixamar ha ido perdiendo una costumbre que consiste en dar consejos baratos al que está curriendo. "¡Oye, que te está saliendo torcida la pared!" era su grito preferido.

El paisaje de la ciudad sin grúas le da mucha pena porque ya se acostumbró a ver el cielo con esos artilugios en medio. El tío Baixamar asocia las grúas al progreso y no entiende mucho de sostenibilidad ni demás misterios. Como pasatiempo paliativo y para evitar amodorrarse más de la cuenta, se dedica a pasear buscando y contando carteles de "Se vende" en las construcciones terminadas. Tiene localizados más de un centenar y la cifra va subiendo. Su manía por la observación le ha llevado a catalogar los inmuebles en venta en tres grupos, según su saber y entender: los que se venderán cuando escampe, los que se venderán algún día, y los que exigen vender el alma al diablo para poder endosarlos a alguien.

Nos vamos quedando sin obras a las que echar un vistazo y nuestros jubilados se quedan sin excusa para la controversia matutina sobre lo divino y lo humano. Mientras, los que levantaban la pared (recta o torcida) se van al paro o se meten en esos empleos de fin de semana y noche que nadie quiere. Ante la crisis, las administraciones anuncian que invertirán en obra pública, pero el tío Baixamar, cabreado y taciturno, dice que no será lo mismo.●